

La necesidad de estudios estratégicos en España

Discurso pronunciado por D. Guillem Colom Piella con motivo de su ingreso como Académico de Número en la Academia de las Ciencias y las Artes Militares el día 28 de septiembre de 2022

Excelentísimas e ilustrísimas autoridades, académicas y académicos, señoras y señores, compañeras y compañeros, amigas y amigos. Es un auténtico honor asistir hoy en la sede de la Academia de las Ciencias y las Artes Militares a este acto solemne para celebrar, con todos ustedes, mi ingreso como académico de número.

Para empezar, quiero agradecer a la Academia la gentileza al haber aceptado mi candidatura y al general Luis Feliu Bernárdez por presentarla y avalarla y por su disposición a realizar la contestación a mi discurso de ingreso, que he titulado “La necesidad de Estudios Estratégicos en España”.

He escogido este tema porque, precisamente, uno de los cometidos de la Academia es fomentar, fortalecer y promocionar la cultura militar en el ámbito de la sociedad española. Como bien saben, los aspectos vinculados con la cultura militar forman parte de lo que, académicamente, se conoce como Estudios Militares. Estos, a su vez, forman parte de los Estudios Estratégicos, incardinados en los Estudios en Seguridad Internacional y vinculados con la Ciencia Política, aunque con una vocación claramente multidisciplinar. Para ello, mi intervención se dividirá en dos partes, una primera que repasará la significación y evolución académico-científica de los Estudios Estratégicos, y una segunda que analizará brevemente su evolución en España y reivindicará la necesidad de consolidar esta subárea científica en nuestro país. Para todo ello, me inspiraré en las discusiones y los hallazgos de la magnífica tesis doctoral que Alberto Bueno defendió, con la máxima calificación, el pasado año en la Universidad de Granada.

Los estudios estratégicos

Los Estudios Estratégicos son un campo de conocimiento de significación política, militar y académica. Su objeto de estudio se centra en la estrategia como uso o amenaza del empleo de la fuerza para lograr unas determinadas metas políticas

frente a otra voluntad opuesta. Constituyen, con ello, una atalaya desde la que investigar y analizar la naturaleza de la guerra y el conflicto, las políticas de defensa, el poder militar o las relaciones entre civiles y militares, entre otros asuntos.

Estos cuentan con una larga tradición intelectual (particularmente el mundo anglosajón) caracterizada por la presencia de una “comunidad estratégica”. Se trata de un grupo de expertos civiles que, a la par que los profesionales militares, trabaja sobre dichos asuntos. Esa comunidad se distribuye entre las administraciones de defensa y las instituciones castrenses, pero su singularidad recae en la contribución hecha desde las universidades y los centros de análisis.

Este fértil ecosistema intelectual nutre un pensamiento estratégico orientado a mejorar las políticas públicas, enriquecer el debate público y robustecer la discusión científica. Así, la formación de esa comunidad depende en buena medida del progreso de tales estudios en aquellas instituciones devotas de la generación de conocimiento.

Aunque las aportaciones a los Estudios Estratégicos han procedido de muy diversas disciplinas, han enraizado como subcampo en los Estudios de Seguridad Internacional, nutridos por la Ciencia Política y las Relaciones Internacionales. De tal modo, para el progreso de un campo científico resulta esencial su institucionalización a través de una comunidad que se identifique con él y que construya los medios para difundir el conocimiento y organizar la disciplina académica y profesionalmente.

Este rasgo es vital para los Estudios Estratégicos. Por esta razón, el potente crecimiento de los Estudios Estratégicos en la academia desde la segunda mitad del siglo XX invita a examinar su evolución como ámbito de investigación.

En particular, dos cuestiones justifican este interés: 1) el impacto para las políticas públicas de la calidad de las relaciones entre civiles y militares; y 2) sus condiciones de institucionalización académica. La primera cuestión, investigar las vicisitudes de los Estudios Estratégicos, es trascendental desde un desiderátum democrático. El desarrollo de una comunidad estratégica, entendida como una comunidad de académicos dedicada a los asuntos estratégicos, militares y de defensa, tiene repercusiones para las relaciones civiles-militares y las políticas públicas, y viceversa.

Como vector de generación de pensamiento estratégico sobre seguridad nacional y política de defensa, la naturaleza “teórico-práctica del campo” refuerza esta premisa. De hecho, la expansión de los Estudios Estratégicos contemporáneos ha sido posible gracias al aumento de académicos civiles especializados en estos asuntos.

Como señalaba el estratega Thomas Schelling, fue necesario disponer de una contraparte civil a la militar para robustecer la comunidad estratégica estadounidense. En consecuencia, la erección del pilar civil de la comunidad es un elemento intrínseco y central en la evolución intelectual del campo. Por esta causa, la comunidad estratégica es clave para fortalecer el poder y control civil. Además, los expertos pueden enriquecer las decisiones dentro de las propias organizaciones de defensa y militares, ya que la presencia de civiles amplía y profundiza los debates, minimizando el riesgo de pensamiento de grupo. Esta función tiene también una lógica faceta ad extra. Por una parte, las redes de expertos, es decir, la comunidad estratégica civil, puede efectivamente apoyar los procesos de formulación e implementación de políticas, mejorar la gestión y dirección civil, y producir, en definitiva, unas políticas de seguridad y de defensa más óptimas.

Por tanto, es fundamental contar con una comunidad de expertos independiente. El peligro de su ausencia es, en palabras de Taylor, que *la política de defensa sólo refleje los intereses burocráticos y la competencia de los ejércitos*. Por supuesto, esta disposición no supone que todas estas cuestiones deban ser sólo preocupación de la comunidad de Estudios Estratégicos: en democracia se debe mantener una discusión lo más amplia posible sobre las cuestiones militares y, en particular, sobre el empleo de la violencia legítima como instrumento del Estado.

La segunda cuestión mencionada, las condiciones de institucionalización, entronca con la propia construcción de las disciplinas y campos científicos. En particular, el avance de las disciplinas académicas, esencialmente la Ciencia Política y las Relaciones Internacionales en este caso, permitieron que el conocimiento experto en estas materias emergiese también fuera de las estructuras estatales. No solo importa aquí este factor como “facilitador” de la contraparte civil a la militar, sino que tiene implicaciones como fenómeno social. Las disciplinas y los campos de investigación se ven impactados por el entorno en el que crecen y a la vez influyen en él: en las agendas políticas, los eventos, las organizaciones y redes profesionales, la producción del discurso, etc.

Esta idea entronca en una tradición que aprecia las disciplinas, no como mera representación objetiva de la realidad, sino como formas de interpretar el mundo reproducidas socialmente. Por tanto, la estrategia también reclama su propia tradición intelectual en el seno de la academia, pues es: *un nexo entre el poder y el conocimiento en el mundo moderno. Las universidades y otros centros de investigación han generado, incubado y ayudado a diseminar formas de conocimiento y programas para la acción política y social, que han jugado un rol fundamental en dar forma al mundo*.

Por este motivo, es relevante examinar el desarrollo de un campo de investigación. Su institucionalización implica el logro de una posición legítima en la academia, lo que conlleva recibir financiación, crear programas de estudio, establecer canales de difusión... Y, aparejado, reconocimiento y posición social y política. Explorar y explicar la historia de una disciplina o área de conocimiento puede significar que ha alcanzado cierto grado de madurez, que ha arraigado en la academia y se ha desarrollado.

Observándolos desde ese punto de vista, los Estudios Estratégicos viven una situación ambivalente: han disfrutado de décadas de fructífero desarrollo, pero también han atravesado etapas azarosas debido a las profundas transformaciones en la política internacional o las duras críticas recibidas desde otros campos. El devenir de los Estudios Estratégicos ha conllevado intensas reflexiones sobre su evolución y perfil intelectual con muy diversos enfoques y calados. Sin embargo, otros aspectos de ese proceso de consolidación académica, caso de su propia institucionalización, han sido menos analizados, un déficit extensible a los Estudios de Seguridad Internacional.

Un libro en concreto constituye la propuesta más completa, ambiciosa y original hasta el momento por trazar la historia intelectual del campo: *The Evolution of International Security Studies*, de los profesores Barry Buzan y Lene Hansen (2009). Su carácter pionero es achacado por los propios autores a una identidad disciplinar contestada que ha detraído de una empresa similar antes por otros autores. Aunque su análisis se focaliza en los Estudios de Seguridad Internacional en general, dedican a los Estudios Estratégicos una atención muy destacada. La obra es, en sí misma, un hito para el campo. Buzan y Hansen explican de forma sistemática y rigurosa el recorrido de las ideas, agendas de investigación e instituciones académicas de los Estudios de Seguridad Internacional y Estratégicos desde el final de la Segunda Guerra Mundial. Lo hacen a partir de un modelo de cinco fuerzas motrices que interactúan y moldean el campo; a saber:

- La política de las grandes potencias
- El papel de la tecnología
- El impacto de determinados acontecimientos
- Los debates académicos
- Las dinámicas de institucionalización disciplinar.

A raíz de su caracterización, se deduce que las cuatro primeras componen su agenda de investigación lato sensu, mientras que la última explica su institucionalización en sentido propio, entendida ésta como ecosistema investigador: centros, asociaciones, cargos, publicaciones, etc. Gracias a este aparato teórico ilustran la evolución de los Estudios de Seguridad Internacional y de todos sus subcampos.

En definitiva, construyen una herramienta de gran utilidad para poder ser replicada en ulteriores investigaciones. Aun con todo su rigor, los autores reconocen una debilidad en su investigación: pese a aclarar que factores como los acontecimientos internacionales, la competición entre potencias o los debates académicos facilitarían la introducción de especificidades sociales y políticas locales, la delimitación de su investigación en el ámbito anglosajón, principal tradición académica en estos Estudios, ocasionaría la elusión de variables domésticas en el modelo; es decir, variables que se corresponderían con las comunidades académicas nacionales. Esa limitación deja la puerta abierta a investigar esas otras academias, algo que el Dr. Alberto Bueno hizo en su tesis doctoral *La evolución de los Estudios Estratégicos en España Debates, institucionalización, cultura de defensa y comunidad estratégica*, defendida el pasado año en la Universidad de Granada bajo la dirección de los profesores Juan Montabes y Javier Jordán, y que obtuvo la máxima calificación. Precisamente, muchas de mis reflexiones están recogidas en este trabajo que constituye toda una historia intelectual de los estudios estratégicos en España.

La relevancia científica de los estudios estratégicos

Los Estudios Estratégicos se definen por ser un área académica que persigue analizar de un modo científico la estrategia. Incardinado dentro de los Estudios de Seguridad Internacional, la estrategia representa un concepto constituyente para esta área de conocimiento. Dicho término es la clave de bóveda sobre la que se arma su objeto de estudio: la utilización de la fuerza para la consecución de los objetivos de la política en las relaciones internacionales. Esta formulación ha sido disputada, puesto que la definición del concepto ha ido transformándose al largo de los siglos: se ha alejado del dominio de la esfera militar para acercarse al nivel de la política, preocupada por los efectos políticos del recurso a la violencia. Su fortaleza reside en la adhesión que concita como corpus teórico-práctico, asumido por quienes se dedican al estudio y/o la práctica de la estrategia.

Esa enunciación básica la concibe como un espacio original entre la dirección y ejecución de las operaciones bélicas, y los propósitos últimos —es decir, los fines políticos—, de la fuerza —militar— organizada. En consecuencia, relaciona el modo de hacer la guerra (*warfare*) con el gobierno (*statecraft*), pues entiende que el poder militar es esencial para gobernar. En consecuencia, una noción central para la estrategia es la de poder, entendido éste como capacidad coercitiva. Así, la relevancia política o la curiosidad intelectual por este fenómeno guían el interés analítico del subcampo, cuya reflexión e investigación abarca necesariamente toda la cadena de elementos que vinculan el *statecraft* y el *warfare*.

De esta forma surge la tesis más completa y aceptada por la escuela acerca de qué es la estrategia: se aprehende como la articulación de los objetivos políticos establecidos, con la elección de los modos estratégicos adecuados, junto con los medios militares disponibles. Otra pieza clave de la definición es el ejercicio de la estrategia en el curso de la interacción entre voluntades que compiten entre sí, conectándola indefectiblemente con esa concepción manifestada del poder. En tanto que la estrategia no es entonces ni guerra ni política, sino que se sitúa entre ambas, demanda una “tradición intelectual propia”. Una necesidad que, en términos prácticos, concreta Beatrice Heuser (2010) al expresar que *los Estudios Estratégicos es el escribir analítico sobre la guerra como instrumento de policy*. Por esta razón, el pensamiento estratégico surge de las ideas de estrategias civiles y militares que tratan de analizar y dar sentido a esos fines, medios y modos. Por ello, sosteniendo una posición entre ambos dominios, la estrategia también relaciona lo civil y lo militar. Es un espacio compartido por quienes conducen las operaciones en la guerra y quienes la dirigen en el nivel político.

Los estrategas están interesados en los efectos políticos del poder militar, por lo que se interrogan acerca de las implicaciones de la cadena estratégica compuesta por los medios, modos y fines. Puesto que el impacto político es lo determinante, el pensamiento estratégico es mucho más que el estudio de las guerras y las campañas militares, ya que dota de sentido a la actividad militar más allá del campo de batalla. La racionalidad del planteamiento crea un proceso de continuo ajuste y reconsideración frente a las cambiantes circunstancias y condiciones de los escenarios. De tal modo, la búsqueda de los principios de la guerra por parte de los estrategas tiene que ver con la voluntad de estructurar un pensamiento estratégico racional. Por eso también estudian las dinámicas internas y exógenas del conflicto en las sociedades: para examinar cómo impactan tales fenómenos en los objetivos políticos y/o militares. En consecuencia, la reflexión estratégica es útil también para entender la naturaleza misma del conflicto armado.

Resultado directo de estas ideas —espoleadas por el advenimiento del armamento nuclear, pero no genuinamente fruto de la Guerra Fría— fue asumir que la estrategia no sólo tiene sentido durante el conflicto bélico, sino que su reflexión es sobre todo propia de los tiempos de paz. Y es que los Estudios Estratégicos buscan producir teorías para reducir el recurso de la guerra. La amenaza del uso de la fuerza frente a una voluntad contraria en competición, es la esencia del despliegue de esa cadena que conecta fines, medios y modos. Una posición expresada en lógica estratégica por Thomas Schelling (1960) como la preocupación, no sólo por la fuerza per se, sino por su “explotación potencial”.

La evolución intelectual de los Estudios Estratégicos

La emergencia e institucionalización de los Estudios Estratégicos se produjo en la segunda mitad del Siglo XX. Sin embargo, la reflexión en torno a la guerra data de mucho antes, tanto como de la antigua Grecia. De hecho, la *Historia de la Guerra del Peloponeso* de Tucídides es la obra clásica. Aquellas batallas de la Antigüedad sirven de antecedentes en los Estudios Estratégicos para recorrer la historia de la guerra, la tecnología militar, su impacto en la sociedad o la naturaleza humana.

Existe, por tanto, un corpus clásico que, desde la Edad Antigua y la Edad Media, penetra hasta la Edad Moderna y el surgimiento del Estado. La mayor parte de estas teorías provienen de Occidente, pero importantes autores clásicos de otras tradiciones son de igual forma reconocidos, como el pensamiento del militar y filósofo chino Sun Tzu.

Otro hito intelectual en este camino es el tratado militar *El Arte de la Guerra*, de Nicolás Maquiavelo. Sin duda, la consolidación del Estado moderno contribuyó a que el “arte de gobernar” requiriera de potentes maquinarias bélicas. Éstas darían lugar a los modernos ejércitos, que sustentaron a su vez la pretendida omnipotencia de los nuevos “leviatanes”. La relación entre el modo de hacer la guerra y el arte de gobernar quedó así irremediabilmente fijada.

Toda esta tradición influyó en los autores posteriores que, con el acaecimiento de la Ilustración, quisieron imprimir un giro racional a la estrategia para que abandonase su formulación “artesanal” y acogiese postulados científicos. Su pretensión era que la guerra también encontrara sus propias “leyes naturales” persiguiendo el positivismo que emergía en Europa. Las campañas napoleónicas fueron un acicate para el general suizo Henri Jomini y el estratega prusiano Carl von Clausewitz. Especialmente la obra del segundo, *De la Guerra*, sentó las bases de la teoría estratégica moderna. El legado clausewitziano es todavía relevante por ser considerado como esencial.

La ciencia de la estrategia se desarrollaría entre finales del siglo XIX y principios del siglo XX, principalmente en Alemania, Francia, Reino Unido o Estados Unidos. Fueron décadas de viva reflexión estratégica que avanzó el pensamiento y encendió debates en las academias militares. Apareció entonces también la geopolítica, una disciplina de evidente impacto para la estrategia, con figuras destacadas como Alfred Mahan o Harold Mackinder. Todo este potente avance intelectual, que pretendía racionalizar la guerra poniendo la organización de la fuerza militar al servicio de los objetivos políticos, fue expuesto al violento fuego de dos guerras mundiales. Nombres propios en su examen, por tratarse además de historiadores civiles, fueron los del británico Basil Liddell Hart y el estadounidense

Edward Mead Earle. Mientras, en Francia, sobresalía el militar estratega André Beaufre.

Un elemento absolutamente disruptivo en la evolución de los Estudios Estratégicos el arma nuclear, que catalizó toda una nueva generación intelectual con la irrupción de una hornada de estrategas civiles dispuestos estudiar los efectos políticos de ese nuevo poder. Se rompió de esta forma el monopolio del pensamiento militar en el arte de la guerra, puesto que la incorporación definitiva del elemento político en la estrategia la convirtió de forma esencial en un ejercicio para evitar el conflicto bélico en los tiempos de paz. Por ese motivo, para Colin Gray, la principal diferencia en esta etapa respecto a las pretéritas fue sociológica antes que temática, ya que se reconocía y asimilaba todo el pensamiento militar y estratégico anterior a 1945.

El liderazgo de la potencia capitalista, en un primer momento, impulsó que el renovado pensamiento estratégico se desplazase del “viejo continente” a Estados Unidos. También se movió de las academias militares hacia los centros de pensamiento civiles, donde quedó anclado. El desconocimiento acerca de las cualidades de esta nueva arma facilitó que estos expertos entrasen en una “tierra de nadie” que parecía abandonada tanto por los militares como por los académicos de los Estudios Internacionales. Este hecho explica por qué los analistas civiles prestaron mucha más atención a los aspectos nucleares de la guerra que a los convencionales.

La perspectiva de un artículo académico de Bernard Brodie (1949), *Strategy as a Science*, marcó las nuevas coordenadas intelectuales. Frente a la mirada clausewitziana militar centrada en “principios bien conocidos” de la guerra, se quiso estudiar la estrategia desde los métodos y teorías científicas dominantes en esas décadas en Estados Unidos. Se deseaba proveer a la estrategia de un conocimiento científico avanzado para dejar atrás *la fragmentación teórica y el déficit conceptual de las etapas anteriores*. Emergió así una categoría distintiva de trabajo, en la intersección entre experiencia y teoría, entre el arte militar y las Ciencias Sociales y Naturales, centrada en aportar conocimiento científico útil a las políticas públicas.

La onda expansiva de esta revolución tecnológica militar y sus nuevos analistas promovieron entonces un impresionante volumen de investigación. Esta realidad dio lugar a la “edad dorada” de los Estudios Estratégicos, que se prolongaría hasta mediados de los años sesenta. En esta etapa también se hicieron un hueco las primeras teorías y políticas sobre relaciones civiles-militares.

Su crecimiento en universidades y en centros de análisis permitió consolidar una comunidad civil de Estudios Estratégicos. Y aun separados por múltiples divisorias, sí había una confianza compartida en cómo el conocimiento científico social podría

coadyuvar a la gobernanza durante la Guerra Fría. Se produjo un importante crecimiento de la mencionada comunidad que, en justa medida, contribuyó de forma significativa a las *policies*.

El segundo período de esta nueva etapa, que alcanzó hasta finales de la década de los setenta, sufrió cierto freno en esta progresión por dos motivos: 1) esa primera generación de intelectuales no estimuló una nueva cantera de jóvenes doctores que siguieran sus pasos y 2) la ausencia de nuevas teorías relevantes sobre la estrategia nuclear. Sin embargo, otros asuntos estratégicos sí experimentaron significativos avances: aparecieron los primeros trabajos acerca de la “cultura estratégica” o se revigorizaron las teorías de insurgencia y contrainsurgencia al calor de la guerra de Vietnam. También otros enfrentamientos bélicos, como la Guerra del Yom Kippur, permitieron redescubrir el pensamiento alemán de entreguerras, así como buena parte de la tradición estratégica anterior a la Segunda Guerra Mundial.

Se hizo autocrítica sobre la sobreestimada confianza en los factores técnicos y tecnológicos, de los cuales no se podía hacer depender únicamente el progreso del campo. Además, todos esos conflictos en el Tercer Mundo sirvieron para reforzar el marco de los problemas derivados de valores y condiciones políticas, culturales, sociales...En fin, significaba la completa asunción de la concepción trinitaria de la guerra de Clausewitz. En cierto modo, hubo un reajuste “interno” de los Estudios Estratégicos que aportó mayor coherencia y pluralidad. Con esta renovación intelectual se fomentó la plena consolidación de las Ciencias Sociales en el subcampo, a lo que ayudó también su mayor presencia en las universidades desde los años setenta. La revisión de la agenda de investigación confirmó esta multidisciplinariedad. La tensión Este-Oeste volvió a imponerse en la década final de la Guerra Fría, aunque esta renovada pugna entre potencias ya no revigorizaría el pensamiento estratégico como antaño.

El colapso del bloque soviético aceleró el debate sobre la necesidad de ampliar el concepto de seguridad y, para ciertos sectores críticos, puso en entredicho la validez académica de los Estudios Estratégicos. Así, la Posguerra Fría enfrentó a quienes quería mantener el término acotado y quienes proponían su apertura hacia otras dimensiones. Mientras que Barry Buzan (1991) abogaba por la multidimensionalidad de la seguridad —donde la seguridad militar sólo era un ámbito más a considerar—, Stephen Walt (1991) defendía la necesidad de mantener el foco en el empleo de la fuerza. El argumento último de Walt no era la elusión de otros temas importantes, sino la imposibilidad de mantener la coherencia del campo si su programa llegaba a ser demasiado ambicioso.

De tal modo, la llamada al “cambio de paradigma”, la reconfiguración de la agenda de seguridad o la crítica a la tradición estratégica fueron una constante en los años noventa, con especial atracción en las universidades europeas. En esta década, los Estudios Estratégicos experimentaron un cierto retroceso en la academia o, al menos, fueron claramente eclipsados por otros subcampos. A pesar de ello, los Estudios Estratégicos no cedieron al “fin de la historia” como se interpretará desde otras escuelas: el triunfo del orden liberal fue visto con racional cautela ante las eventuales consecuencias del momento unipolar o la supuesta estabilidad pacífica que traería el fin de la Guerra Fría. Los estrategas temían que esta nueva etapa no fuera sino la repetición del período de entreguerras y no el momento liberal y unipolar que se dibujaba.

Los conflictos de la década de los noventa confirmaron que la violencia continuaba existiendo en el sistema internacional, evidenciando que la fuerza y el poder militar seguían siendo parte de las relaciones internacionales. Así, la Guerra del Golfo, por ejemplo, aceleró los debates acerca de una eventual revolución de los asuntos militares. Otros conflictos intraestatales, como la Guerra de los Balcanes, provocaron que los especialistas incidieran en los factores políticos, económicos y sociales que también condicionan el uso de la fuerza militar. En definitiva, no hubo un rechazo a esa ampliación de la agenda, pero sí se enfatizaba la virtud de persistir en el estudio de la fuerza armada como instrumento del Estado u otros actores para la consecución de sus fines políticos. En palabras de Baylis (2001):

[en] los diversos conflictos ocurridos desde el fin de la Guerra Fría, el rol de la fuerza permanece como un aspecto significativo de las políticas domésticas y mundiales, por lo que la comprensión de la estrategia sigue siendo, no sólo relevante, sino importante en cualquier estudio de las Relaciones Internacionales.

Estas dinámicas se vieron acrecentadas con los ataques terroristas del 11 de septiembre y la “Guerra contra el terror” iniciada después, con las subsiguientes intervenciones militares en Afganistán e Irak. Estos hechos produjeron dos consecuencias sobresalientes: la primera fue la entrada en la agenda del terrorismo internacional como tema prioritario, junto con otros fenómenos conectados: guerras de Afganistán e Irak, recuperación de doctrinas de contrainsurgencia, uso y control de armas de destrucción masiva distintas a la nuclear, etc.

La segunda tiene que ver con el incremento de académicos especializados en asuntos militares que, concernidos por estos problemas, se reorientaron hacia el estudio del terrorismo. Estos conflictos y la violencia terrorista de tipo yihadista desatada en distintas partes del mundo generaron una atención sin precedentes sobre los actores no estatales y su impacto en el entorno de seguridad internacional. Este asunto agudizó las divisiones entre aquellos que querían seguir

ampliando el concepto de seguridad y aquellos que quería reafirmar el foco sobre poder militar.

En los últimos años, las recalentadas tensiones entre Rusia y Estados Unidos, la competición entre Washington y Pekín, la proliferación de los conflictos en la zona gris, la pervivencia del terrorismo yihadista, la irrupción de dominios de pugna como el ámbito ciber y el espacio ultraterrestre y, mucho más recientemente, la consolidación de una nueva etapa marcada por la competición entre grandes potencias o la guerra de Ucrania, están avivando el interés por y la necesidad de los Estudios Estratégicos. Por supuesto, los riesgos no tradicionales son objeto de análisis estratégico, pero lo esencial para los Estudios Estratégicos será siempre la investigación sobre los efectos políticos de la utilización de la fuerza militar.

Con todo lo dicho, la gran virtud de los Estudios Estratégicos, amén de esa contribución a explicar problemas en la agenda política y/o académica, reside en su disposición a “ayudar a pensar estratégicamente”, relacionando los medios y modos con los fines de la política.

Los estudios estratégicos en España

Tras repasar la evolución de los Estudios Estratégicos, a continuación, plantearé brevemente su situación en España. Tomando como base la obra de Buzan y Hasen y, muy especialmente, la tesis doctoral de Alberto Bueno, es posible aseverar que no cuentan con una trayectoria dilatada. A diferencia de otros Estados occidentales, España ha disfrutado de una escasa tradición de pensamiento estratégico. En palabras del coronel Calvo Albero (2016), las razones de esta carencia se encuentran en que:

el pensamiento militar [fue impulsado] en Europa cuando España iniciaba ya su larga decadencia. Es asimismo innegable la influencia del intervencionismo militar en la vida pública en los dos últimos siglos, que llevó al mundo académico nacional a renegar de los estudios militares y a los militares a hacer lo propio respecto al mundo académico. Y también pueden identificarse motivos culturales y de idiosincrasia, con olas de antiintelectualismo que azotan periódicamente a la sociedad española y a que a veces encuentran puerto seguro en su milicia.

Ese particular rechazo de los civiles era consecuencia de unas difíciles históricas relaciones ejército-sociedad. Tal situación se describió como una “deserción intelectual” por parte de los civiles que, en consecuencia, coadyuvó a la ausencia de *un pensamiento estratégico nacional [y] de un pensamiento militar subordinado*. Esa preocupante tesitura se ha alterado en las últimas décadas. Por un lado, por las iniciativas institucionales vinculadas con la promoción de la “cultura de defensa”.

Por otro lado, por el creciente interés que están generando los asuntos de “seguridad y defensa” en nuestro país.

Por un lado, la promoción de la cultura de defensa ha sido una de las políticas públicas más importantes desarrolladas por el Ministerio de Defensa desde la década de 1990. En términos generales, esta política se propuso fomentar el interés y el conocimiento en la sociedad española acerca de las cuestiones relacionadas con la seguridad internacional y la defensa nacional. Es un vector relevante en las relaciones ejército-sociedad en España impulsado por la propia administración de defensa y las Fuerzas Armadas.

Por otro lado, y estrechamente vinculado con ello, las contribuciones en nuestro país se han realizado bajo el prisma de los “Estudios de Seguridad y Defensa”. Pueden esbozarse varias razones para explicar este hecho:

En primer lugar, “seguridad y defensa” facilita la adopción de una agenda de investigación más amplia, donde los asuntos de defensa quedan contenidos en la primera. Desde el fin de la Guerra Fría, la seguridad desplazó a la defensa como marco preferente, compuesta aquélla por múltiples sectores además del militar, y enfrentando incertidumbres y amenazas más allá de una visión estado-céntrica. Ofrecería, entonces, un prisma distinto para analizar y afrontar desafíos en los que no resulta sencilla la distinción entre “civil y militar, exterior e interior”. Esa variación de los parámetros clásicos de la defensa nacional ha redirigido la labor de las Fuerzas Armadas desde la disuasión y la defensa territorial –asuntos que han vuelto a adquirir un puesto prioritario en las agendas de investigación a raíz de Ucrania– a afrontar problemas globales. Así ha ocurrido en España, donde el objetivo declarado de la política de defensa es lograr un orden internacional estable y en paz.

En segundo lugar, dicha ampliación y discusión del concepto tienen principios y derivaciones ontológicas y epistemológicas que han encontrado hondo eco en la academia. Han repercutido en la cosmovisión y despliegue de los Estudios de Seguridad Internacional: a su abrigo han emergido nuevos subcampos con una marcada sensibilidad hacia esos otros sectores no militares y conceptos de seguridad. En el caso español, se habría creado de tal modo una “intersección” entre esas nuevas escuelas y la seguridad militar en su concepción más clásica. Además – algo que hemos observado con los estudios sobre “seguridad y defensa europea” o “amenazas híbridas” – los asuntos abstractos de seguridad internacional requieren menos conocimiento profundo.

En tercer y último lugar, las históricamente relaciones entre civiles y militares en España retrotraen al punto señalado por Buzan y Hansen para el caso estadounidense en los inicios de la Guerra Fría: de tal forma se lograría difuminar

la sombra del *garrison state* advertido por Harold D. Lasswell, puesto que la selección del concepto de seguridad permitía abordar muchos de los temas en términos más inclusivos, abriendo espacio para el *expertise* civil en un campo dominado hasta entonces por militares. No obstante, esto no ha impedido la contribución de autores tanto civiles como militares.

En cualquier caso, todos hemos observado tanto la normalización de la presencia de uniformados en los centros universitarios como el creciente interés que generan los asuntos relacionados con la seguridad internacional y la defensa. Ello puede observarse con el continuo crecimiento del número de cursos, seminarios, publicaciones, que ya se llevan a cabo en el país, así como la implantación paulatina de asignaturas en los programas curriculares y de trabajo de universidades y otros centros de pensamiento. Es muy probable que la guerra de Ucrania y la competición estratégica entre grandes potencias motive una inflación de cursos y eventos que, sin embargo, no se traduzca en la consolidación de una comunidad estratégica.

De hecho, es altamente significativo que la proliferación de estos cursos no se traduzca en una mayor investigación por parte del profesorado de los mismos, especialmente cuando esta constituye una parte intrínseca de la labor docente. Paradójicamente, si se ha incrementado la investigación publicada en revistas científicas nacionales, coincidiendo con la aparición de revistas académicas especializadas en cuestiones internacionales y de seguridad.

Todo ello apunta a un área de conocimiento en sus primeros estadios de maduración, que ha buscado en buena medida fijar el mapa de la seguridad internacional y ordenar el conocimiento producido. Tanto los factores domésticos como los eventos internacionales de alto impacto – como han sido los sucesos del 11-S, la Guerra contra el Terror y, más recientemente, la asertividad rusa y china o la emergencia de una etapa de competición entre potencias – han ido empujando la formación de un subcampo que comienza a ganar masa crítica.

Sin embargo, continúan siendo muy pocos los civiles que, desde los centros universitarios, investiguen sobre estudios estratégicos. Continúan predominando los autores militares en el análisis de cuestiones de estrategia, pensamiento militar, o capacidades militares; mientras que la mayoría de los civiles pueden promover cursos y seminarios sobre temas de actualidad de manera más o menos reactiva pero apenas investigan, y cuando lo hacen, se dedican a asuntos de seguridad en sentido genérico. De hecho, exceptuando a los autores militares que han cultivado su interés por los estudios estratégicos y han contribuido desde publicaciones corporativas a este tipo de análisis, o los autores militares con cierta trayectoria

académica en el ámbito civil, son pocos los civiles que hayan realizado aportaciones relevantes desde la academia.

Esta incipiente normalización ha llevado a algunos autores, como el coronel Palacios o yo mismo recogiendo su guante, a preguntarse por la necesidad de una escuela española especializada en esta materia. Precisamente, mi discurso de los premios Ejército de 2019 se tituló *Hacia una escuela española de estudios estratégicos*.

En este discurso llamaba a consolidar una comunidad estratégica que contribuyese al debate y las políticas públicas. Una comunidad de este tipo no sólo debería contribuir a afianzar académicamente los Estudios Estratégicos en nuestro país, sino también contribuir al debate y a las políticas públicas de defensa. Quizás, esta comunidad epistémica civil se está creando alrededor del think tank *Global Strategy*, heredero del Grupo de Estudios en Seguridad Internacional, y de la revista *Ejércitos*, que en pocos años se ha convertido en todo un referente en los estudios militares.

De la idea de una comunidad “a consolidar” se deduce que en la actualidad existen estructuras y profesionales dedicados a los asuntos estratégicos. Precisamente, el mismo coronel Calvo (2016) afirmaba la existencia de una pequeña comunidad, si bien el doctor Bueno (2021) concluye en su tesis que, en sentido estricto, no puede hablarse todavía de comunidad.

Este hecho invita a pensar que la consolidación de los Estudios Estratégicos (y los Estudios Militares) adolece de una masa crítica de civiles más nutrida. Amén del propio interés intelectual y corporativo que hubiera en ello por parte castrense, lo cierto es que los académicos civiles parecen aceptar esta división, quizás por el desconocimiento de temas técnicos complejos o por la propia especialización facilitada desde las disciplinas.

Este hecho invita a pensar que la consolidación de los Estudios Estratégicos (y los Estudios Militares) adolece de una masa crítica de civiles más nutrida. Amén del propio interés intelectual y corporativo que hubiera en ello por parte castrense, lo cierto es que los académicos civiles parecen aceptar esta división, quizás por el desconocimiento de temas técnicos complejos o por la propia especialización facilitada desde las disciplinas.

En este sentido, si uno analiza la evolución de los Estudios Estratégicos en España, vemos que presenta varias particularidades a anotar: primero, unas relaciones entre civiles y militares complejas que han tenido su traslación en el ámbito universitario; segundo, un desarrollo reciente en comparación con buena parte de los países del mundo occidental; tercero, su progreso bajo la etiqueta de Estudios

de Seguridad y Defensa, y con la participación de autores militares; cuarto, la existencia de una política pública específicamente dedicada a su promoción en el mundo académico; quinto, la escasez de civiles con conocimiento sobre los asuntos estratégicos y militares más allá de los asuntos genéricos de seguridad, y finalmente, la presencia de una potencial comunidad estratégica que podría actuar como comunidad epistémica.

No sólo me parece plenamente válida esta idea, sino que creo más necesario que nunca que todos los militares y civiles que estamos interesados en estos asuntos y estudios, colaboremos estrechamente para consolidar una comunidad estratégica y crear una escuela española de estudios estratégicos o de pensamiento estratégico para contribuir al debate nacional e internacional. En un momento como el actual, con cambios sistémicos en el orden internacional, el final de un paradigma bélico forjado en las últimas etapas de la Guerra Fría y consolidado durante la Guerra contra el Terror o una revolución que está transformando el arte de la guerra y cuyos primeros indicios los estamos viendo en el escenario ucraniano, una escuela de este tipo es más relevante que nunca.

Y es aquí donde militares, civiles, asociaciones, academias, universidades y publicaciones de distinta índole, foros académicos serios y solventes juegan un papel fundamental en la consolidación de esta comunidad estratégica.

Presidente, con estas palabras finalizo mi discurso de ingreso en la Academia de las Ciencias y las Artes Militares, adscrito a la sección de pensamiento y moral militar.

Muchas gracias por su atención.